

Iglesia Episcopal en Colombia
Comunión Anglicana



www.iglesiaepiscopal.org.co

Celebración de la Santa Eucaristía

*Rev. Fernando Montes de Oca

Tomado de la Pagina Web de la Iglesia Anglicana de México

Liturgia de la Palabra

Inicio



En un principio el rito comenzaba con una oración silenciosa y las lecturas, en ocasiones éstas eran presididas por la salutación. Antes del siglo V no existía un rito de entrada como lo conocemos ahora, éste inició en Roma en ese siglo.

El canto de entrada fue instituido por Celestino, Papa del año 422 al 432, basándose en el hecho de que los judíos, al dirigirse al templo de Jerusalén, iban cantando salmos y, es por eso, que en la tradición de nuestra iglesia avanzamos en procesión mientras cantamos el himno de entrada y, en señal de respeto, inclinamos la cabeza al paso de la cruz. Continuamos con una aclamación, durante ésta estación el sacerdote dice: “Bendito sea Dios...” a lo cual se responde: “Y bendito sea su reino...” Estas palabras provienen de un comienzo parecido en la Liturgia Ortodoxa Oriental.

Fueron escogidas porque dicen, brevemente, pero con gran belleza, la razón por la cual nos hemos reunido. Primero, nos reunimos para bendecir a Dios, para alabarle, honrarle y adorarlo. Segundo, venimos a bendecir su reino orando por su extensión y para que se cumpla la voluntad de Dios en todo el mundo. En resumen, la liturgia es para adorar a Dios y para que la humanidad le busque. Además, bendecimos a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo porque estamos reunidos como cristianos bautizados en el nombre de la Trinidad, y como tales, creemos que el Señor estará entre nosotros cuando nos reunimos en su Nombre.

Según la estación litúrgica, la porción introductoria del rito que sigue a la aclamación puede incluir una exhortación penitencial, el Decálogo, la Confesión General, la Colecta por la Pureza o el *Gloria in Excelsis*.

La Colecta por la Pureza deriva mucha de su fraseología del Salmo 51, especialmente del versículo 11. Dios mismo es el autor de nuestra adoración. El Espíritu Santo nos capacita para que oremos y amemos a Dios.

El *Gloria in Excelsis* es un antiguo himno matutino que ha sido usado casi durante toda la historia cristiana como canto de apertura los domingos y los días de fiesta en la Eucaristía. Como la aclamación de apertura, el *Gloria* declara el doble objeto de la liturgia cristiana: glorificar a Dios y comunicar su paz a su pueblo. Así como los ángeles usaron estas palabras para llamar a los pastores a adorar en Belén, así también nosotros estamos llamados a adorar al Señor Encarnado con estas mismas palabras. El *Gloria* procede a invocar a Jesucristo como nuestro Salvador. Esto es apropiado al principio del rito porque los cristianos reconocemos a Jesús como nuestro único mediador, nuestro único sumo sacerdote, el único y último puente entre nosotros y Dios.

El *Kyrie* o “Señor ten piedad” y el *Trisagio* “Santo Dios...” son particularmente apropiadas para Adviento y Cuaresma respectivamente o para los días de entre semana.

Colecta

Después, el clérigo saluda formalmente a la congregación con un antiguo saludo judío: “El Señor sea con ustedes” después de la respuesta, dice la primera oración solemne del culto: la Colecta, que en días de fiesta y otras ocasiones especiales, la Colecta expresa el tema del día, en otras ocasiones puede ser una oración más general. Hay una Colecta para cada domingo y día santo del año eclesiástico.

Muchas de nuestras Colectas son muy antiguas ya que fueron compuestas en el siglo V o VI de nuestra era, otras fueron compuestas en la edad media o durante la reforma y unas pocas, en tiempos más recientes.



Las Lecturas



El rito continúa con la lectura de las Sagradas Escrituras, el material bíblico y la predicación constituyen el corazón de la *Liturgia de la Palabra* y es apropiado que el clérigo se siente retirado del altar para enfatizar que la Biblia es el centro de atención.

El Rito Dos tiene tres lecturas bíblicas, por lo regular hay una lectura del Antiguo Testamento, una de las Epístolas y una del Evangelio. Durante la estación de la Pascua, por lo general, una lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles sustituye a la del Antiguo Testamento. Es apropiado que se recite un Salmo por toda la congregación, ya sea en forma responsorial, alternada o al unísono después de la primera lectura y que se cante un himno después de la segunda, tratando que éste tenga relación con el tema de las lecturas.

Ni las lecciones del Antiguo Testamento ni las Epístolas son leídas por los presbíteros, sino por los laicos y se escuchan sentados. Es importante que al comienzo de la liturgia participen distintas personas y se escuchen diferentes voces, es necesario que quienes hagan las lecturas sean personas bien entrenadas y que puedan leer fuerte y claro, por lo que se recomienda a los lectores que repasen las lecturas antes de comenzar el rito. El diácono, o en su ausencia el presbítero, lee el Evangelio para expresar el motivo especial y único de esa lectura.

La intención de leer el Evangelio en la liturgia no es para instruir, sino más bien, para que podamos en una forma sacramental, escuchar a Jesús hablándonos con sus propias palabras. Para escuchar el Evangelio, nos ponemos de pie, como lo hacemos cuando una persona muy importante entra, enfatizando que reconocemos la presencia de Cristo en su Santa Palabra, por esa misma razón, las aclamaciones “*¡Gloria a ti Cristo Señor!*” y “*Te alabamos Cristo Señor*” se dicen de cara al lugar donde está la Biblia.

Un aspecto importante de la liturgia es el orden de las lecturas. El leccionario sigue un ciclo de tres años para todos los domingos, en el año “A”, junto con las lecturas del Antiguo Testamento y la Epístola, se da lectura principalmente al Evangelio según San Mateo, en el “B” domina el Evangelio según San Marcos y en el “C” el atribuido a San Lucas, y para las fiestas se utiliza el Evangelio según San Juan. Este sistema de tres años se desarrolló en la tercera parte del siglo XX por eruditos de las iglesias Católica Romana, Anglicana, Luterana y Presbiteriana entre otras quienes se basaron en las *Constituciones Apostólicas*.

Sermón

Inmediatamente después del Evangelio viene el Sermón; éste, por regla general, debe basarse en las lecturas del día y, de una manera clara y convincente, relacionarlas con las realidades actuales de nuestra vida cotidiana.

El Credo



Una vez que nos hemos nutrido espiritualmente con las lecturas y el sermón, la congregación se pone de pie y se une para responder al mensaje de Dios profesando la fe de la Iglesia Universal con las palabras del Credo Niceno en el cual confesamos nuestras creencias acerca de él.

El Credo original era muy sencillo, pero contenía una gran verdad: “Jesús es el Señor” y ese era el mensaje entre los primeros cristianos, posteriormente, en el siglo IV aparece por primera vez el Credo de los Apóstoles que, de acuerdo con una leyenda piadosa, los apóstoles, antes de separarse, profirieron cada uno una verdad del mismo, en realidad, el Credo de los Apóstoles es fruto de la catequesis bautismal del siglo IV que seguía de cerca en su estructuración textos anteriores (Deut 6:4-9, 1 Tes 9:1-10, Rom 10:9). Este Credo se usa en bautismos, renovación de votos bautismales, funerales y en los oficios diarios.

El Credo Niceno fue compuesto originalmente en griego parte de su terminología fue adoptada en el Concilio de Nicea (de ahí su nombre) en el año 325 y el texto entero fue ratificado en el Concilio de Calcedonia el año 451.

Se le comenzó a usar en la Eucaristía primeramente en el oriente en el siglo VI de donde pasó a lo que hoy conocemos como España, Francia y Alemania hasta que finalmente entró en la liturgia romana en el siglo IX, actualmente se usa solamente los domingos y en otras fiestas mayores.

En este Credo utilizamos la palabra “*creemos*” para acordarnos de que nos unimos a la gran herencia de la Santa Iglesia Católica que ha existido a través de los siglos y que es más grande, más rica y más misteriosa de lo que ningún individuo puede entender, pero nosotros, como miembros del Cuerpo de Cristo la compartimos y nos entregamos a ella.

Comenzamos diciendo “*Creemos en un solo Dios*” esta primera afirmación de la Profesión de Fe es también la más fundamental pues sabemos que no hay ningún otro dios, él es el primero y el último, el principio y el fin de todo.

Inmediatamente después reconocemos el poder infinito de la primera Persona de la Santísima Trinidad, el Padre, quien creó todo lo que existe.

Continuamos afirmando que Jesucristo es el Hijo unigénito del Padre, y que Dios mismo se reveló a la humanidad, a través de la Encarnación, en la segunda Persona de la Trinidad y es por eso que hacemos una reverencia cuando mencionamos este misterio, aceptando que Jesucristo, a pesar de ser Dios, fue verdaderamente ser humano, que murió en la cruz para reconciliarnos con el Padre y que, al resucitar, nos hace partícipes de la vida eterna.

Después confesamos la acción del Espíritu Santo quien es la tercera Persona de la Trinidad a quien junto con el Padre y el Hijo adoramos, honramos y rendimos gloria.

Finalmente reconocemos que la Iglesia es una sola, o sea que todas las personas bautizadas formamos un solo cuerpo ante los ojos de Dios y que el bautismo nos limpia del pecado para que, una vez purificados confiemos en la resurrección de los muertos y la vida eterna.

La Oración de los Fieles

La parte final de la primera mitad de la liturgia es dedicada a la oración.

La Oración de los Fieles es uno de los elementos más antiguos en la liturgia y desde el siglo II se ha colocado después del sermón. San Pablo, en su primera carta a Timoteo, recomienda que se hagan oraciones por la humanidad, por los gobernantes, etc..

Las oraciones y acciones de gracias adquieren una perspectiva universal, pues la Iglesia necesita de un ambiente que le permita llevar una vida tranquila y pacífica, de ahí que nosotros incluimos en nuestro culto diferentes tipos de oraciones.

La oración, es una respuesta básica a la palabra de Dios. Así como la Biblia nos ha hablado de los hechos misericordiosos de Dios en el pasado, así como el predicador nos exhorta al servicio en el nombre de Dios, así también procedemos a pedir el auxilio de Dios para otros y para nosotros mismos a fin de que él nos sostenga y nos ayude a llevar a cabo sus propósitos. Las rúbricas del *LOC* requieren que la Oración de los Fieles incluya intercesión por: La Iglesia Universal, sus miembros y su misión. La nación y sus autoridades. El bienestar del mundo. Los intereses de la parroquia. Los que sufren y los atribulados. Los difuntos.

Por lo general una de las seis fórmulas sugeridas en el *LOC* será usada. En los domingos y en otras fiestas mayores, las fórmulas I, IV y V son las más apropiadas.

La fórmula I

Es una adaptación de la letanía normalmente usada en la liturgia eucarística y en los oficios diarios en la iglesia ortodoxa oriental.

La fórmula II fue compuesta por la Comisión Permanente de Liturgia para servir como una fórmula breve y flexible.

La fórmula III se deriva de la revisión de la liturgia de la iglesia de Nueva Zelanda.

La fórmula IV procede de un “Orden para la Santa Comunión” serie 3 de la iglesia de Inglaterra, esta intercesión fue adoptada por la iglesia en Sudáfrica, de donde pasó a la iglesia de Estados Unidos y por consiguiente a la nuestra.

La fórmula V está basada en una letanía moderna española de fuentes orientales, especialmente, la antigua liturgia de San Basilio.

La fórmula VI es obra de la Comisión Permanente de Liturgia de la iglesia norteamericana. La confesión general al final de ésta, permite una variación de la confesión general que sigue a la Oración de los Fieles.

Puesto que éstas son las oraciones de la congregación, y no sólo de el clérigo, no es adecuado que el sacerdote que preside dirija las intercesiones. Su papel distintivo, de presidente, se expresa en la colecta que él lee al final y que resume las peticiones ofrecidas.

La paz

Una vez reconciliados con Dios y los unos con los otros en la confesión, estamos listos para compartir un saludo de paz.

La paz no pertenece ni a la liturgia de la Palabra ni a la liturgia de la Mesa, por lo que es como una bisagra que une las dos partes de la liturgia. Es por eso que la liturgia de la Palabra concluye con un hecho positivo y enfático de la comunidad. Expresa y celebra la reconciliación que experimentamos después de oír la Palabra de Dios, orar y confesar nuestros pecados. Por otro lado, la paz anticipa la parte sacramental y sacrificial de la liturgia. Jesús nos dijo que nos reconciliáramos antes de presentar nuestra ofrenda en el altar. En la paz esto es precisamente lo que tratamos de hacer.

La paz puede expresarse con palabras de saludo, dándonos la mano, un abrazo o un beso. Cuando sea posible, es recomendable que el sacerdote intercambie el saludo de paz con los congregantes y que se cante un himno que nos inspire a compartir la paz del Señor. Este puede ser un momento alegre de la liturgia, pero es más que eso. Nuestro propósito principal es dar y recibir el saludo del Señor resucitado quien trajo, y todavía trae, la bendición de su paz a sus discípulos.

En la medida en que el espíritu y el significado de la paz se sienta en la parroquia, es posible que los fieles sean más cordiales al saludarse mutuamente antes y después del culto.

Liturgia de la Eucaristía

El Ofertorio

Después de la Paz entramos en la segunda mitad de la liturgia.

Esta es la parte del rito que tuvo su origen en las comidas rituales de los judíos y nuestro Señor le dio un nuevo significado a estas comidas en las que participó con sus discípulos, y, especialmente, en la última cena.

Es de gran importancia que veamos que hay un movimiento físico del ministerio de la Palabra en donde el celebrante principal está sentado en la sede, a un lado de la nave y pasa al ministerio de la Mesa trasladando su lugar precisamente al Altar.

Es costumbre leer un versículo de las Sagradas Escrituras para iniciar el Ofertorio. El Libro de Oración provee 9 versículos distintos y permite que se usen otros versículos apropiados.

Durante el Ofertorio nos ponemos de pie mientras cantamos un himno que nos anuncie que el pan y el vino, que son fruto de la tierra y del trabajo humano, serán ofrecidos a Dios para que por medio de su Espíritu Santo él los consagre.

Tal y como nuestro Señor *tomó* pan y vino, *dio gracias*, *partió* el pan y lo *dio* a sus discípulos para que comieran y bebieran, así también hay cuatro grandes acciones en esta segunda mitad de la liturgia que consideraremos. La primera acción, *recibir*, se llama el Ofertorio.

El Ofertorio es, sobre todo, una acción física y práctica. Hay que obtener el pan y el vino que van a ser usados en el culto y puestos en recipientes apropiados en el Altar (cáliz y patena). Sin embargo esto es más que una acción física.

Los cristianos siempre hemos visto un significado especial en compartir la comida y la bebida con el Señor y los unos con los otros. Junto con el pan y el vino que representan el trabajo, presentamos dinero que representa el producto de ese trabajo para mantener la iglesia y para ayudarla en su ministerio.

La ofrenda básica es siempre pan “el sostén de la vida”, y vino, la antigua bebida del genero humano. El pan y el vino significan toda comida y bebida; son la materia misma de nuestra vida que traemos a Dios para que él los tome y consagre y los use para su gloria.

En algunas ocasiones la ofrenda puede ser en distintas especies como comida o ropa para algún ministerio especial.

Es costumbre que hombres, mujeres, jóvenes o niños de la congregación traigan el pan, el vino y el dinero para mostrar que esta comida y bebida son presentadas a Dios como expresión de nuestra vida y trabajo diarios.

Durante el Ofertorio el sacerdote se lava las manos recordando ese ritual judío durante el cual puede decir una oración, al preparar el vino se le añade un poco de agua simplemente para diluir el vino ya que esta es una costumbre judía muy antigua.

La Gran Plegaria Eucarística



Una vez que el pan y el vino han sido puestos en el Altar el obispo o el sacerdote invita al pueblo a que eleven sus corazones y den gracias y el pueblo responde expresando su conformidad. Luego, el celebrante principal, como portavoz de la congregación continúa con la oración

que expresa tanto nuestra adoración a Dios como la invocación de su poder para consagrar el pan y el vino convirtiéndolos, según la promesa de Cristo, en su bendito Cuerpo y Sangre.

Eucaristos en griego quiere decir “dar gracias”. La Gran Plegaria Eucarística o Gran Acción de Gracias es la oración central de la liturgia y da su nombre al rito completo. Esta oración sigue la tradición que los cristianos heredamos de los judíos de usar acciones de gracias como la forma más solemne de oración, bendiciendo a Dios por sus hechos misericordiosos para con su pueblo mientras rogamos que su amor y poder sean manifestados y experimentados entre nosotros ahora y en el futuro.

Las palabras de la Gran Plegaria Eucarística resumen todo lo que ha precedido en el rito tal y como ha sido expresado en las lecturas bíblicas, el sermón, el credo, las oraciones y los himnos. Continúa el relato de la historia de la creación, la tragedia del pecado que nos ha rodeado, la historia del llamado de Dios a su pueblo para que le sirva, y finalmente el advenimiento de Dios entre nosotros en la persona de su Hijo encarnado, su muerte y resurrección, la obra del Espíritu Santo dentro de la Iglesia y la esperanza de la vida eterna.

El Sanctus (“Santo”, en latín) es un gran himno de alabanza tal y como se encuentra en el libro del profeta Isaías 6:3, y en el del Apocalipsis 4:8, donde es cantado por los ángeles ante el trono de Dios.

La última parte llamada Benedictus (Bendito) viene de aquellas palabras que la gente gritaba cuando Jesús entro a la ciudad de Jerusalén. Aquí entonces alabamos al Señor que viene a nosotros en este acto de adoración.

La Plegaria Eucarística no es un recuerdo, es un memorial, palabra técnica que se usa para traducir el término griego *anamnesis* que significa hacer a uno contemporáneo del evento o hacer el evento contemporáneo a uno.

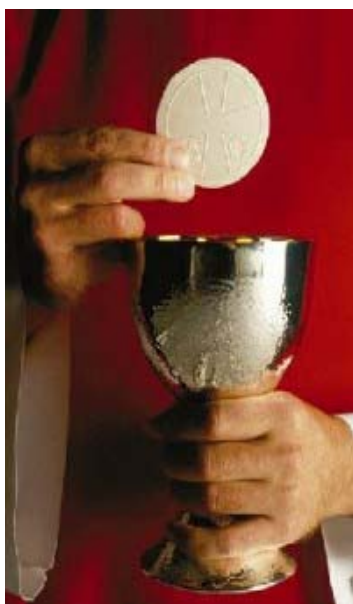
La parte central de la Plegaria Eucarística son las palabras de institución, que el mismo Jesús pronunció en la última cena. “Este es mi cuerpo...” ,”Esta es mi sangre...” Para nosotros es suficiente saber que en el transcurso de toda la Plegaria Eucarística, Cristo se hace presente en el Pan y el Vino para nutrirnos y a eso le llamamos “Presencia Real” La Plegaria Eucarística termina con una formula trinitaria: nuestra oración es ofrecida a Dios el Padre a través de Jesucristo y en la unidad del Espíritu Santo.

Finalmente viene lo que se conoce como el gran Amén, el pueblo responde Amén porque el celebrante ha estado hablando por todos, así que se debe decir en voz alta.

El Libro de Oración provee cuatro plegarias alternativas, y cualquiera puede ser usada en cualquier momento, sin embargo, los manuales recomiendan lo siguiente: La plegaria A es adecuada para cualquier tiempo, la plegaria B para Adviento, Navidad y Epifanía, la C para Cuaresma y otras celebraciones penitenciales y la D para cualquier tiempo, especialmente en celebraciones ecuménicas y cuando se deseen incluir peticiones especiales.

La posición corporal más adecuada durante la Plegaria Eucarística es de pie, excepto durante la Cuaresma en que nos ponemos de rodillas enfatizando el arrepentimiento que debemos demostrar en esta estación, esto no es obligatorio, pero durante la estación de Pascua no es correcto arrodillarse.

La Plegaria Eucarística “A”



Esta plegaria fue compuesta especialmente para este rito y es la fórmula que se publicó con la nueva versión del Libro de Oración Común de 1969. Su estructura es similar a la de los Credos, con referencias a la Creación, la acción redentora de Cristo y la obra del Espíritu santo en el sacramento y en la Iglesia, y también en nuestra esperanza final de la vida eterna.

Este arreglo específico está asociada con las *Anáforas* (nombre que reciben las Plegarias Eucarísticas en las iglesias ortodoxas orientales) desde los primeros siglos así como también con el antiguo rito español.

Su primera documentación aparece en la liturgia de la *tradición apostólica* atribuida a San Hipólito de Roma, en la primera mitad del siglo III. Este mismo arreglo es característico de liturgias episcopales norteamericanas desde los tiempos del obispo Samuel Seabury, a finales del siglo XVIII.

Las mismas palabras de esta oración particular derivan, en gran parte, de una versión más breve que apareció en el *LOC* de 1928. esta oración es típicamente anglicana por su énfasis en la crucifixión. Debemos notar que las partes fijas de esta oración son, más bien, breves en sus referencias a la Creación, la Encarnación y la comunión de los santos. Estos temas se tratan, más ampliamente, en los prefacios propios que el celebrante principal inserta en la primera parte de la oración. El uso regular del prefacio propio señalado es una característica íntegra de esta plegaria y nunca se le omite en domingos y días de fiesta. Distintas formas de prefacios propios para diferentes días del año eran característicos en la liturgia mozárabe. Estos prefacios amplían el significado de la plegaria de una manera variada y hermosa. La aclamación “Cristo ha muerto...” en medio de la plegaria reflejan el esfuerzo que se han hecho en muchas liturgias para incorporar a la congregación, más directamente en el mandato de Cristo de “hacer esto como memorial mío”. Este tipo de aclamación ha sido por muchos siglos característico de las antiguas liturgias siríacas del Levante. La inserción de tal aclamación, en una liturgia anglicana, fue propuesta por primera vez por el obispo Jeremy Taylor en el siglo XVIII.

La Plegaria Eucarística “B”

Esta plegaria tiene mucha semejanza con la anterior ya que sigue el mismo bosquejo que, como hemos visto, tiene muchos siglos de historia previa. Al igual que la plegaria A la intención es que se usen regularmente los prefacios propios. En esta plegaria se hace mucho énfasis en la Encarnación de nuestro Señor y es por esto que es especialmente apropiada para la estación de la Navidad y para otras fiestas de la Encarnación .

La plegaria B incorpora mucho material previamente publicado y usado en la Iglesia Episcopal durante el periodo de revisión litúrgica. Varias frases distintivas provienen directamente de la antigua *Liturgia de San Hipólito*. Después de las Palabras de Institución

los fieles se unen al presbítero en la parte de la plegaria que conmemora la muerte y la resurrección de Cristo. Esto no es, como en la plegaria A, principalmente una aclamación devocional de los fieles, sino más bien que aquí, el pueblo se une al celebrante principal recitando una parte íntegra de la plegaria. Debemos notar también que esta plegaria hace provisión para incluir nombres de los Santos que han de ser conmemorados.

La Plegaria Eucarística “C”



Esta plegaria tiene un carácter distinto a las anteriores ya que se enfatiza la obra de Dios en la creación y la historia de la salvación en el Antiguo Testamento. La redención de la humanidad está dramatizada dentro de la historia del universo. La inclusión de plegarias de arrepentimiento y perdón dentro de esta fórmula es distintiva y el gran número de respuestas da a los feligreses un papel substancial en la plegaria.

Después del *Sanctus*, viene la presentación a Dios del pan y el vino y la petición de su santificación por el Espíritu Santo. Ambos anteceden la narración de la Última Cena. Este arreglo es característico de las antiguas liturgias de

Roma y Alejandría así como de otras liturgias anglicanas incluyendo la de la Iglesia de Inglaterra. Esta plegaria es especialmente adecuada para la Cuaresma, aunque también puede usarse en otras ocasiones.

El autor de esta plegaria es el Capitán Howard E. Galley del Ejército de la Iglesia (Church Army) y fue publicada por primera vez en 1969.

La Plegaria Eucarística “D”

La última plegaria tiene un trasfondo notable. Su estructura se deriva de la antigua anáfora griega atribuida a San Basilio el Grande quien vivió en el S. IV. En su ya larga forma tradicional, esta anáfora sigue siendo usada por los cristianos ortodoxos griegos y eslavos, en ciertos domingos y fiestas de solemnidad especial. Después del Concilio Vaticano II se publicó una adaptación latina más breve para uso católico romano. En 1974 un grupo de eruditos norteamericanos de distintas denominaciones se reunió para determinar si se podía adoptar una Plegaria Eucarística para uso en las grandes denominaciones norteamericanas y escogieron la adaptación católico romana e hicieron del latín una nueva adaptación. Muchas personas han aclamado la belleza literaria y la riqueza de el contenido teológico de esta fórmula.



Esta composición reúne en una plegaria de gran solemnidad la mayor parte de los temas que aparecen en las otras Plegarias Eucarísticas. Como en la plegaria “C” esta no tiene provisión para un Prefacio Propio porque los temas de estos distintos prefacios ya están incorporados dentro del texto de la Plegaria. En cambio, sí tiene provisión para la inserción de los nombres de cualquier Santo que haya de ser conmemorado. Esta Plegaria Eucarística es apropiada para las grandes fiestas como el Jueves Santo y otras ocasiones especiales.

La provisión dentro de una liturgia de cuatro Plegarias Eucarísticas, todas igualmente autorizadas para su uso general, refleja el entendimiento de que distintas Plegarias Eucarísticas pueden ser un enriquecimiento muy saludable para la vida devocional de la Iglesia.

Ninguna plegaria en sí misma puede decir todo lo que deba decirse, la consagración eucarística no es algo legal que tenga que ser confirmado dentro de una fórmula rígida, es, más bien, un misterio, una acción santa que recoge innumerables verdades y que provee el objeto de infinitas reflexiones y contemplaciones dentro de la familia de la fe.

El Padre Nuestro

El Padre Nuestro es a la vez una conclusión de la Plegaria Eucarística y una introducción a la fracción del pan consagrado y lo más correcto es recitarlo de pie.

La tradición cristiana más primitiva nos legó dos versiones: la de San Mateo (6:9-13), alargada, pues contiene siete peticiones pero más apegada a la mentalidad semita original y la de San Lucas(11:2-4) más corta con sólo cinco peticiones pero posiblemente más de acuerdo al texto original. Por su parte, la tradición litúrgica de la Iglesia asumió al Padre Nuestro como algo tan propio y peculiar que la rodeó de reverencia y asumió como parte fundamental de su vida sacramental.



Hasta antes del año 400 no era obligatorio recitar el Padre Nuestro en la celebración de la Eucaristía.

Como la aclamación, al principio de la liturgia, suplica la glorificación de Dios y la extensión de su reino. Implora nuestro pan de cada día el cual tiene un sentido muy especial el día en que comulgamos. Pide por el perdón de los pecados y la gracia para perseverar que son los principales beneficios de la Comunión.

Por su contenido sintetiza la confianza filial de cada cristiano hacia Dios Padre, señala en su lenguaje comunitario la intención de cualquier invocación religiosa (Padre nuestro... danos... perdónanos... no nos dejes caer...) se fija en lo material (pan) y en lo intangible, pero ostensible como riesgo real (tentación, mal) es invocación a Dios con las circunlocuciones que lo tocan más de cerca (nombre, reino, voluntad, alusivos a su presencia, actividad y plan salvífico) y motivan al creyente a aspirar y alcanzar los bienes salvíficos del perdón y de la liberación de la tentación y del maligno.

De importancia especial, claro está, es el hecho de que es la oración de Cristo. Al unirnos a él podemos llamarle a su Padre “Padre nuestro”. Como dice San Pablo, podemos dirigirnos a Dios llamándole “Padre” porque su Espíritu nos ha sido dado, uniéndonos a su familia. Al recitar el Padre Nuestro afirmamos nuestra herencia como hijos bautizados de Dios.

En el Libro de Oración Común de 1662 apareció, por primera vez, al final del Padre Nuestro una doxología (porque tuyo es el reino...) esta doxología ya era usada en la Iglesia primitiva según consta en la Didaché que es el más antiguo libro cristiano no canónico y anterior incluso a algunos libros del Nuevo Testamento.

La Fracción del Pan



La tercera sección de la mitad sacramental de la liturgia es la Fracción del Pan. Originalmente esto servía para cumplir la obvia función práctica de dividir el Pan consagrado a fin de que cada comulgante pudiera recibir un trozo. Así se dio expresión visual y activa al principio de que todos estamos unidos en Cristo, compartiendo su unidad.

También ha sido vista como una conmemoración del sufrimiento y muerte de Cristo en la cruz; como si Cristo hubiese sido partido en la cruz.

En algunas parroquias se ha restaurado el uso de un solo pan y partirlo en muchos trozos.

Puesto que la fracción es un hecho y no una frase, tiene lugar, o por lo menos empieza en silencio. Al concluir este periodo de silencio puede decirse o cantarse la antífona “Cristo nuestra Pascua ..” este texto de 1 Corintios 5:7-8 se introdujo en la liturgia inglesa desde el primer Libro de Oración Común en 1549.

“Cristo nuestra Pascua” quiere decir que Cristo es el Cordero Pascual y asocia cada celebración de la Eucaristía con la Pascua de Resurrección. Otros cánticos como “Cordero de Dios...” pueden ser usados pero de ninguna manera debemos perder la oportunidad de observar un momento de silencio durante esta parte de la liturgia.

Para que todos puedan comulgar, el presbítero invita al pueblo con las palabras: “Los dones de Dios para el pueblo de Dios” que es una paráfrasis de la invitación de la antigua liturgia griega: “Las cosas santas para el pueblo santo”. El sacramento es administrado con una de las dos breves frases. La distribución de los elementos debe proceder lentamente para que cada comulgante pueda decir amén antes de recibirlos. Las expresiones “Pan del cielo” y “Cáliz de salvación” son frases bíblicas que, desde los primeros siglos, han sido usadas en la Eucaristía cristiana. Su uso aquí fue propuesto por el Rev. Dr. Massey H. Shepherd Jr. Estas frases nos recuerdan que los signos externos y visibles de los sacramentos son importantes. Así como el pan alimenta y nutre la vida, también Cristo se da a sí mismo como alimento celestial a su pueblo y como el vino es bebida de convivencia y gozo compartido, así también nuestro Señor nos trae el gozo de la herencia de su reino.

Comunión

Después de la fracción del Pan se invita a todos a que pasen a comulgar en Pan y Vino; como el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión



Con frecuencia se canta un himno durante la distribución de la Comunión con la intención de que los comulgantes puedan, de una manera especial, estar en la presencia de Dios de forma conciente al haber recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Después, el libro provee dos Oraciones de Poscomunión para ser usadas regularmente, así como oraciones de poscomunión para celebraciones especiales. Estas oraciones expresan nuestra gratitud por el Sacramento que hemos recibido y anticipan el servicio a Dios en nuestras vidas diarias.

Un presbítero puede pronunciar una bendición después de la Oración de Poscomunión, la bendición final no es obligatoria, porque la Comunión que se acaba de recibir es la bendición más solemne que podemos recibir.

Una bendición por un obispo, en este momento es, usualmente, algo de una naturaleza distinta. La mayoría de las congregaciones ven a su obispo sólo una vez al año.

Al concluir el rito es apropiado que él diga la bendición como una despedida formal y como una expresión de su continuo interés por su pueblo, hasta que lo vea de nuevo.

Al terminar el rito, y durante la procesión de salida, por lo general se canta un himno basándose en el relato bíblico de que después de la Última Cena, los asistentes cantaron un himno al final.

Después del himno hay una despedida, indicando claramente que el rito ha terminado y nos guía al servicio de Dios. Más o menos palabras similares se han usado para la despedida en la mayoría de las grandes liturgias y desde tiempos antiguos ha sido el deber del diácono hacer este anuncio.

Durante los Grandes Cincuenta Días desde la Pascua de Resurrección hasta Pentecostés no deben olvidarse los dos “Aleluyas” en el versículo y la respuesta del pueblo.

Es tradición en nuestra iglesia que después del servicio nos reunamos un momento para “el café” y lo hacemos recordando la tradición de la Iglesia Primitiva de tener un ágape después del rito para que los hermanos pudieran convivir y compartir los alimentos.

** El Padre Fernando Montes de Oca es el rector de la Parroquia de San Jorge en Coyoacan, Ciudad de México.*